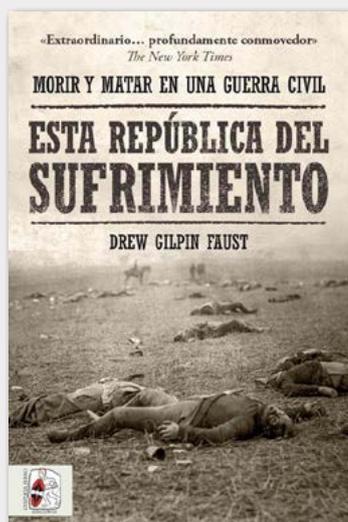


Morir y matar en una guerra civil

Ni la suma total de las muertes estadounidenses en todos los conflictos armados del país combinados desde la Independencia hasta la Guerra de Corea, incluyendo las guerras mundiales, logra acercarse a la escalofriante magnitud de la matanza de la Guerra de Secesión, una ordalía de sangre que cambió para siempre la faz de los Estados Unidos. Morir, matar, la pérdida de los seres queridos...

Esta República del sufrimiento, galardonada con las máximas distinciones, es una obra profundamente humana, conmovedora y universal que enfrenta al lector con los estragos que hubieron de arrostrar aquellos a los que les tocó la desgracia de vivir esta devastadora guerra fratricida.



Esta República del sufrimiento
978-84-124985-5-4
360 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

Durante la Guerra de Secesión de Estados Unidos, más de seiscientos mil soldados perdieron la vida, una carnicería sin precedentes que, en términos actuales, equivaldría a seis millones de personas. La escalofriante escala de mortandad y la devastación fue tal que no solo afectó a la existencia de centenares de miles de individuos, sino que tuvo un impacto profundísimo en la vida y la psique colectiva de la nación. En el monumental y multipremiado *Esta República del sufrimiento. Morir y matar en una guerra civil*, Drew Gilpin Faust, experta en la Guerra de Secesión y primera presidenta de la Universidad de Harvard, describe cómo una cultura profundamente religiosa como la estadounidense pugnó por tratar de conciliar la idea de matar al prójimo o morir por una causa que no todos compartían con su creencia en un Dios benevolente, cómo madres, padres, hermanos o hijos tuvieron que encajar la pérdida de sus seres queridos y cómo los supervivientes de esta ordalía debieron rehacer y continuar sus vidas. A lo largo del presente libro escuchamos las voces de los soldados y de sus familias, de estadistas, generales, predicadores, poetas, cirujanos, enfermeras, del Norte y del Sur, que se conjugan para transmitir vívidamente cuál fue la experiencia más fundamental y ampliamente compartida de esta guerra, como lo es de todas: la muerte. Una lectura tan humana como sobrecogedora que desnuda a la guerra de cualquier romanticismo y visibiliza las profundas cicatrices que los conflictos civiles, como lo fue la Guerra de Secesión y como lo han sido tantos otros, dejan en las sociedades.

Ganador del John W. Kluge Prize for Achievement in the Study of Humanity

Ganador del American History Book Prize de la New-York Historical Society

Ganador del Bancroft Prize

Finalista del Premio Pulitzer de Historia

Finalista del National Book Award



Drew Gilpin Faust es presidenta emérita de la Universidad de Harvard, donde también ocupa la cátedra Lincoln de Historia, y profesora de la Universidad Arthur Kingsley Porter. Fue decana fundadora del Radcliffe Institute for Advanced Study y profesora de la Universidad de Pensilvania. Es autora de seis libros y escritora colaboradora en *The Atlantic*.

En librerías el miércoles 3 de mayo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DE *ESTA REPÚBLICA DEL SUFRIMIENTO. MORIR Y MATAR EN UNA GUERRA CIVIL*

«Extraordinario... profundamente conmovedor».

The New York Times Book Review

«Una de esas historias innovadoras en las que una parte crucial del pasado, hasta entonces ignorada o incomprendida, de repente salta a la vista».

Newsweek, 1962

«Faust aparta el velo habitual de la historia para observar de cerca el aspecto íntimo de la vida en busca de nuevas perspectivas del pasado. Se centra en la vida cotidiana sometida a una presión extrema, lo que la convierte en una lectura convincente».

USA Today

«Penetrante [...] Faust desentierra abundante material [...] para desarrollar su lúcido relato. El resultado es un retrato perspicaz, a menudo conmovedor, de un pueblo desgarrado por el dolor».

Publishers Weekly

«Una historia devastadora de la guerra, centrada exclusivamente en la muerte y el morir: cómo se prepararon los estadounidenses para la muerte, la imaginaron, la arriesgaron, la soportaron y trabajaron para comprenderla».

Los Angeles Times Book Review

«Elocuente e imaginativo, el libro de la Sra. Faust parte de un tema sombrío –cómo Estados Unidos hizo frente al enorme número de muertos de la Guerra de Secesión– y lo torna fresco y emocionante [...] [Una] historia académica elogiada amplia y justamente».

Adam Begley, *New York Observer*

PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

Ganador del John W. Kluge Prize for Achievement in the Study of Humanity en 2018

Ganador del Bancroft Prize en 2009

Ganador del American History Book Prize 2009 de la New-York Historical Society

Finalista del Premio Pulitzer de Historia en 2009

Finalista del National Book Award en 2008

DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

La Guerra de Secesión entre 1861 y 1865 fue el **conflicto más sangriento de la historia de Estados Unidos**. La tasa de mortalidad fue seis veces superior a la de la Segunda Guerra Mundial. Una carnicería que dejó más de 600 000 soldados muertos, pero que cuyo impacto y significado fue más allá del simple número de víctimas mortales: **redefinió la nación y la cultura estadounidense**.

Esta República del sufrimiento es una multipremiada obra con ecos universales que nos sumerge en la mentalidad humana ante su encrucijada definitiva, **la idea de matar o morir**, especialmente en una **guerra fratricida**.

Cómo soportar tener que **matar al prójimo** o morir por una causa que no todos compartían, cómo encajar la **pérdida de los seres queridos** o cómo rehicieron sus vidas los supervivientes tras el **trauma del conflicto civil** y que cambió profundamente el pensamiento de todo un país.

Drew Gilpin Faust, experta en el periodo y primera presidenta de la Universidad de Harvard, presenta un relato **humano y conmovedor**, que desnuda a la guerra de romanticismo, sobre la obra de la muerte que analiza cómo la sociedad de la época **hizo frente a los horrores de la guerra** a través de las experiencias de sus soldados y ciudadanos.



ENTREVISTA A DREW GILPIN FAUST

Entrevistamos a **Drew Gilpin Faust**, presidenta emérita de la Universidad de Harvard, donde también ocupa la cátedra Lincoln de Historia, y profesora de la Arthur Kingsley Porter University. Fue decana fundadora del Radcliffe Institute for Advanced Study de 2001 a 2007 y profesora en la facultad de la Universidad de Pensilvania. También es escritora colaboradora en *The Atlantic*. Es autora de seis libros, incluido el más reciente *Esta República del sufrimiento. Matar y morir en una guerra civil* que publica Desperta Ferro Ediciones.

La Guerra de Secesión fue un episodio traumático en la historia de Estados Unidos y que vertebró al país a la forma que conocemos hoy en día. ¿Cómo describiría la magnitud de muertes que sucedieron en esta guerra civil?

La magnitud de la muerte comprende 620 000 militares muertos y un número indeterminado de civiles, aunque la última estimación es de 750 000. Y para entender lo que esto significa y llevarlo al contexto de nuestro tiempo, hay que considerarlo en términos del total de la población y analizar la tasa de mortalidad. El número de fallecidos equivalía aproximadamente al dos y medio por ciento de la población estadouniden-

se de la época. En términos actuales, eso supondría más de siete millones.

De esta forma creo que podemos hacernos una idea de lo que este nivel de muerte pudo significar para los estadounidenses de mediados del siglo XIX. Otra manera de enfocarlo es recordar que en la Guerra de Secesión perecieron tantos soldados como en la suma de todas las guerras de Estados Unidos desde la Independencia hasta los primeros años de Vietnam. Por lo tanto, fue un conflicto con un coste de vidas mucho más alto que cualquier otra guerra en la que Estados Unidos hubiera participado hasta mediados del siglo XX.

¿En qué sentido considera que este nivel de muerte de la Guerra de Secesión cambió al país y a la sociedad estadounidense en su conjunto?

Aprendimos acerca de nuestras obligaciones para con los muertos. Si hemos de entendernos como una nación formada por ciudadanos, y si pedimos a la gente que luche en defensa de esa democracia, existen obligaciones hacia ellos. Cuando empecé a investigar sobre este libro, me asombró comprobar la total ausencia de procedimientos sistemáticos en relación con los fallecidos. Y esto es coherente con la falta de previsión de la magnitud de la guerra.

«Mucho de lo que se ha dicho sobre el impacto de la Primera Guerra Mundial debería remontarse, en el contexto estadounidense, a la experiencia de la Guerra de Secesión».

Antes de esta guerra, no había cementerios nacionales, ni procesos para identificar a los caídos en la batalla. No había chapas de identificación (*dog tags*), ni tampoco se notificaba a los familiares más cercanos. Ni siquiera te enterabas necesariamente de cuál había sido el destino de tus seres queridos. Eran sus camaradas los que tenían que escribirte e informarte. Ese tipo de prácticas se transformaron con el reconocimiento de lo que el país debe al ciudadano en el sentido de honrar su muerte y la responsabilidad hacia sus restos y sus parientes.

Así queda plasmado en el Discurso de Gettysburg: los valientes hombres que dieron su vida por que esta nación pudiera vivir. La propia nación se convierte en el producto del sacrificio. Existe un sentimiento de obligación de la nación hacia los principios por los que se libró la guerra. Esta fue una guerra por la ciudadanía, por la igualdad, por la emancipación y por los valores que definen a Estados Unidos.

El título de su libro es muy evocador. ¿Qué es “Esta República del sufrimiento”?

“Esta República del Sufrimiento” es una frase utilizada por Frederick Law Olmsted, quien, durante la Guerra de Secesión, fue uno de los líderes de la Comisión Sanitaria involucrado en el cuidado de los heridos. Abrumado por la desgracia y el ingente número de víctimas, comentó que el país se estaba convirtiendo en una “República del Sufrimiento”. La dimensión de este padecimiento era tan grande que parecía abarcar todo el país. Y se me ocurrió que ese era un buen título para el libro, porque el impacto de la muerte y el sufrimiento tenía repercusiones en la forma en que la nación se consideraba a sí misma. No eran simplemente los individuos los que tenían que aprender a llorar, morir y hacer frente a la tremenda pérdida que esos fallecimientos significaban para cada uno, sino que era la nación en su conjunto la que también tenía que pensar en lo que implicaba que tantos hombres hubieran dado su vida a su servicio.

Además, me gustó como título porque tanta matanza cambia el papel de los programas públicos y las políticas gubernamentales. Los fuertes impulsos democráticos de la guerra obligaron a reexaminar el abandono de los muertos que se asumió y regularizó en los primeros días de la contienda. El gobierno

federal contrajo nuevas responsabilidades a través del sistema de cementerios nacionales y el esfuerzo realizado al final de la guerra para volver a recorrer el Sur y recuperar e identificar los cadáveres. El reconocimiento de que el Estado tenía una responsabilidad con las familias de fallecidos, sus restos y los recuerdos de estos también forma parte de la “República del Sufrimiento”.

¿Cuánto tiempo le llevó investigar sobre el libro?

Es difícil decir cuánto tiempo porque recurrí a trabajos que ya había hecho previamente, pero empecé a pensar seriamente en este proyecto en 1995. El motivo fue, en parte, un curso universitario que impartí durante muchos años sobre la guerra y la experiencia estadounidense. La historiografía dice que la Primera Guerra Mundial supuso un cambio drástico en cuanto al horror bélico y que el número de muertos y la cantidad de destrucción cambiaron la forma en que se pensaba sobre el mundo. Pero creo que la Guerra de Secesión tuvo un impacto similar en cuanto al nivel de matanza. Mucho de lo que se ha dicho sobre el impacto de la Primera Guerra Mundial debería remontarse, en el contexto estadounidense, a la experiencia de la Guerra de Secesión.

¿Cómo era morir en los Estados Unidos de mediados del siglo XIX?

La muerte era algo que debía producirse en el hogar durante el siglo XIX victoriano. El individuo debía fallecer en el seno de la familia y a menudo rodeado de personas que escucharan sus últimas palabras. Estaría preparado, expresaría su voluntad de morir y ya habría saldado todas sus cuentas con su familia. También debía tener preparado de manera específica su testamento y sus arreglos funerarios. A eso se le llamaría una buena muerte.

Durante la Guerra de Secesión, ¿cómo intentaron los soldados tener una buena muerte incluso en el caos del campo de batalla?

Bueno, creo que muchos soldados intentaron recrear la escena del lecho de muerte, tan común en la literatura victoriana, porque ese momento se consideraba definitorio de la eternidad. Una de las cosas más sorprendentes que encontré leyendo las cartas de los soldados y las descripciones de los campos de batalla tras

«Matar fue un desafío para muchos de estos soldados. Algunos ni siquiera disparaban o si lo hacían, disparaban al aire antes que matar a otros».



«Destacamento de enterradores en el campo de batalla de Cold Harbor, Virginia, abril de 1865». Parte de los trabajos de la iniciativa federal de reintermentos al mando de James Moore. Negativo de John Reekie; impresión y pie de foto de Alexander Gardner. Biblioteca del Congreso.

los combates fue que muchos se rodeaban de fotografías de familiares cuando morían, casi para reproducir la idea de que su familia estaba presente y poder mirarlos a los ojos.

También solían expresar sus últimas palabras o deseos para que se los transmitieran a sus familiares. Y los soldados que sobrevivían eran bastante diligentes a la hora de transmitir los últimos deseos de un camarada a sus parientes. Los familiares podían recibir una carta de condolencia que incluía muchos elementos de la buena muerte, indicando que su ser querido había mostrado su fe, expresado su voluntad de morir, que había fallecido fácilmente e indicando que pronto iría al cielo. Por ello, esta correspondencia era un vínculo muy importante entre el hogar y el campo de batalla, destinado a superar la separación que el conflicto había provocado.

¿Qué sentían estos jóvenes soldados al matar gente y ver morir a otras personas? ¿Qué papel desempeñó la religión en todo ello?

«La propia nación se convierte en el producto del sacrificio. Esta fue una guerra por la ciudadanía, por la igualdad, por la emancipación y por los valores que definen a Estados Unidos».

Fue un desafío para muchos de estos soldados, tal y como se desprende de sus cartas y diarios. Hay descripciones de cómo soportaban la idea de matar. A veces era el odio, era más fácil cuando se trataba de venganza, cuando tus compañeros habían sido heridos.

A veces era la religión la que les hacía pensar que eran el ejército de Dios o soldados cristianos y eso les permitía matar. De hecho, la religión pudo facilitar tanto el matar como el morir. Así pues, si creías firmemente que ibas a ir a otra vida, era más fácil renunciar a la presente. Pero la idea de que había soldados cristianos que mataban por motivos cohe-

rentes con fines religiosos considero que contribuyó a aliviar las dificultades a las que se enfrentaban los individuos tanto cuando pensaban en asesinar como en ser asesinados.

Pero a menudo también se encuentran en las cartas, expresiones de ansiedad o arrepentimiento. Algunos soldados ni siquiera disparaban o si lo hacían, disparaban al aire antes que acabar con la vida de otros.

¿Fue más difícil para los estadounidenses matar en la Guerra de Secesión porque los enemigos eran compatriotas?

A los combatientes les resultaba más difícil acabar con personas que se parecían a ellos. Una de las pruebas de ello son las atrocidades que cometieron contra soldados afroamericanos: no hacer prisioneros y la masacre de Fort Pillow son probablemente los ejemplos más dramáticos. Para los sureños blancos, los negros no eran verdaderos soldados, sino que creían que se trataba de una insurrección de esclavos, que no tenían derecho legítimo a llevar uniformes militares y a luchar. Algunos comandantes incluso alentaron a ignorar las leyes de la guerra y el trato diferenciado de los soldados negros de la Unión, de modo que cuando surgieron diferencias de raza, también lo hicieron en la percepción y en el trato.

¿Cómo cambió la visión que la gente tenía de la propia muerte?

En la Guerra de Secesión, los seres humanos se enfrentaron a la muerte en circunstancias particulares, pues los jóvenes fallecían de formas que no habrían ocurrido fuera del contexto bélico. Como consecuencia, muchos empezaron a hacerse preguntas como ¿Qué significa la muerte? ¿Cómo es el cielo? ¿Realmente creo en un Dios benevolente si permite que ocurran estas cosas?

Por ejemplo, la noción de cielo evolucionó a partir del fuerte deseo de la gente de sentir que la pérdida no era tan abrumadora. El cielo se convirtió en un tipo de lugar diferente en el transcurso del siglo XIX –aunque esto comenzó antes del conflicto–. Era menos severo, un lugar menos centrado en Dios, y más acogedor para las personas, muy parecido a sus propios hogares, donde se reunirían con su familia. Era un lugar incluso mejor que la Tierra.

Asimismo, al final de la guerra, muchos sureños se preguntaron: ¿Cómo pudo Dios permitir nuestra derrota? Se consideraban los elegidos de Dios. Por tanto, si no hay victoria para el Sur, si no son sus elegidos, ¿cómo seguir creyendo en Dios? Y así, reconciliar el sufrimiento con la noción de un Dios bondadoso fue sumamente difícil para muchas personas. Para mí, se resume muy elocuentemente en una declaración del poeta sureño Sidney Lanier: ¿Cómo pudo Dios permitir esto?.

¿Cómo superó la gente de aquella época el dolor y la agonía de la pérdida de sus seres queridos?

Eso estaba en mi mente cada minuto. Algunas personas no lo pudieron soportar. La gente en casa no confiaba en que se les avisaría de forma sistemática. Acudían en masa a los campos de batalla para tratar de encontrar a sus seres queridos desaparecidos y proporcionarles la atención que temían que de otro modo no tendrían.

Hay una historia de un joven de Carolina del Sur llamado Oliver Middleton. Se va a la guerra a los 18 años, lo matan y su padre, un hombre muy rico, recorre el campo de batalla para averiguar qué ha pasado. Los padres están desconsolados, y su madre fallece al cabo de un año. Simplemente se derrumbó y se desintegró.

También me llama la atención la cantidad de combatientes que escriben sobre lo que estaban viendo. Henry Taylor, de Wisconsin, escribe a sus padres: “No sé qué decir, tengo la cabeza hecha un lío. No puedo explicarlo, no puedo hablar de ello”. Es lo que hoy podríamos considerar estrés postraumático.

Otro factor es el poderoso papel de la religión a la hora de ayudar a la gente a sobrellevar la situación. Thomas Hampton, de Georgia, que muere en el último mes de la guerra, escribe a su esposa, dos años antes, que ya había llegado al cielo. Él escribe acerca de un lugar mejor; como si estuviera viviendo vidas paralelas, una en su religión que le permite sobrevivir a la guerra. Un pensamiento consolador era que, si creías en una vida cristiana después de la muerte, te reunirías con esa persona. Aunque si podías convencerte de creer en el espiritismo, eso también te proporcionaba el consuelo de reunirte con ella incluso antes de fallecer.

«[Los familiares] acudían en masa a los campos de batalla para tratar de encontrar a sus seres queridos desaparecidos y proporcionarles la atención que temían que de otro modo no tendrían».



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Prefacio. La obra de la muerte

- 1 Morir: Entregar mi vida
- 2 Matar: La mayor valentía
- 3 Enterrar: «Nuevas lecciones para el cuidado de los muertos»
- 4 Nombrar: «La crucial palabra DESCONOCIDO»
- 5 Tomar conciencia: Los civiles y el luto
- 6 Creencias y dudas: «¿Qué sentido tiene esta carnicería?»
- 7 Rendir cuentas: «Nuestras obligaciones hacia los muertos»
- 8 El Recuento: «¿Cuántos? ¿Cuántos?»

Epílogo: Los supervivientes

Bibliografía

Índice analítico

Créditos de las imágenes

DOSIER DE PRENSA



PREFACIO

LA OBRA DE LA MUERTE

En la Guerra de Secesión, los Estados Unidos, el Norte y el Sur, recogieron una «cosecha de muerte», en palabras de muchos de sus protagonistas. Mediado el conflicto, en el Sur «casi todos los hogares lloran la pérdida de un ser querido». Los fallecimientos pasaron a ser algo cotidiano; la muerte ya no se afrontaba en solitario; su presencia amenazadora, su proximidad y su realidad se convirtieron en la experiencia bélica más ampliamente compartida. Como observó un soldado confederado, la muerte «reinaba con potestad universal», se enseñoreaba de hogares y vidas, exigía atención y respuesta. La Guerra Civil tiene importancia en la actualidad porque puso fin a la esclavitud y contribuyó a definir los significados de libertad, ciudadanía e igualdad. Estableció un nuevo estado-nación centralizado y lo encauzó por una senda de expansión económica e influencia mundial. Mas, para los estadounidenses que vivieron la Guerra Civil, la textura de esta experiencia, su urdimbre y su trama, fue la omnipresencia de la muerte. Finalizada la contienda, este sufrimiento compartido superaría las diferencias persistentes acerca del significado de raza, ciudadanía y nacionalidad y convertiría el sacrificio y su memoria en el espacio en el que Norte y Sur se reunirían al fin. Incluso en nuestros tiempos, esta concepción elegiaca de la Guerra Civil sigue ejerciendo un poderoso atractivo.⁵

La muerte transformó a la nación estadounidense y también a centenares de miles de individuos afectados por una pérdida directa. La guerra creó una verdadera «República de sufrimiento»: tales fueron las palabras que eligió Frederick Law Olmsted para describir a los heridos y moribundos que iban llegando a los barcos-hospital federales en la península de Virginia. El sacrificio y el estado quedaron entrelazados de forma inextricable. Los ciudadanos-soldados segados en plenitud de sus vidas originaron una serie de obligaciones de la nación, la cual definió su

misión y su carácter político a partir de la contienda. Una guerra librada por la unión del país, por la ciudadanía, por la libertad y por la dignidad humana exigía que el gobierno atendiera las necesidades de los caídos en acto de servicio. El cumplimiento de estas responsabilidades recién asumidas sería un importante vehículo de la expansión del poder federal que caracterizó la transformación de la nación durante la posguerra. El establecimiento de cementerios nacionales y el surgimiento de un sistema de pensiones de guerra para cuidar tanto de los caídos como de sus deudos dieron lugar a unos programas de una escala y un alcance inimaginables antes de la contienda. La muerte creó la moderna unión estadounidense, y no solo porque garantizó la pervivencia de la nación, sino también porque modeló estructuras y compromisos nacionales duraderos.⁶

Los combatientes de la Guerra de Secesión mencionaban lo que llamaban con frecuencia «la obra de la muerte», esto es, el deber castrense de combatir, matar y morir. Pero también rememoran las consecuencias de la batalla: sus matanzas, su sufrimiento y su devastación. Esta acepción de la palabra «obra», significa trabajo pero también impacto y la importante conexión existente entre ambos conceptos. En la guerra, la muerte no ocurre sin más; requiere acción y agentes. En primer lugar, debe ser infringida, propósito al cual se entregaron varios millones de soldados de la década de 1860. Sin embargo, la muerte también suele requerir participación y respuesta: debe ser vivida y gestionada. También consiste en morir, en saber cómo afrontar y sobrellevar los últimos momentos de la existencia. De todos los seres vivos, solo los humanos anticipan su propio fin; en consecuencia, nos diferencia de otros animales la necesidad de elegir cómo actuar; esto es, de preocuparse sobre cómo morir. Esta necesidad de organizar la muerte es el sino particular de la humanidad.⁷

«Antietam. Muertos confederados reunidos para recibir sepultura». Fotografía de Alexander Gardner, Biblioteca del Congreso.



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

MORIR

Los estadounidenses de la Guerra Civil se esforzaban por construir buenas muertes para ellos y para sus camaradas en unas condiciones en las que morir –y vivir– eran una cosa terrible. A medida que la contienda proseguía inexorable y su tributo de muerte aumentaba sin cesar, los soldados de ambos bandos referían cuán difícil les resultaba creer que toda esta mortandad tuviera un sentido y que sus sacrificios significasen algo. El relato del *ars moriendi* continuó ejerciendo su poder, pues los soldados escribían a casa sobre las muertes de sus camaradas unas cartas que rebatían y reformulaban la carnicería bélica.

Los hombres no se limitaban a mentir a los allegados de los difuntos para aliviar su dolor, táctica que el historiador Jay Winter también atribuye a las cartas, deliberadamente engañosas, remitidas desde el frente occidental de la Primera Guerra Mundial. Roland Bowen, del 15.º de Massachusetts, respondió como sigue a la petición de un amigo de que le diera «todos los detalles» sobre la muerte de un camarada caído en Antietam. «Me temo que no te servirá de nada y que después de que narre los hechos te sentirás aún más mortificado de lo que ya estás. Pero, dado que insistes, no debo ocultarte ni una palabra, para bien o para mal».⁵⁶

Aunque los autores de cartas de pésame de la Guerra de Secesión hacían todo lo posible por presentar bajo una luz favorable las muertes que describían, no resulta menos impresionante su esfuerzo por ser honestos, su escrupulosidad a la hora de relatar si la fe de un soldado fallecido había sido infundida por las dudas, o cuando su conducta no había sido piadosa. Los soldados de la Gue-

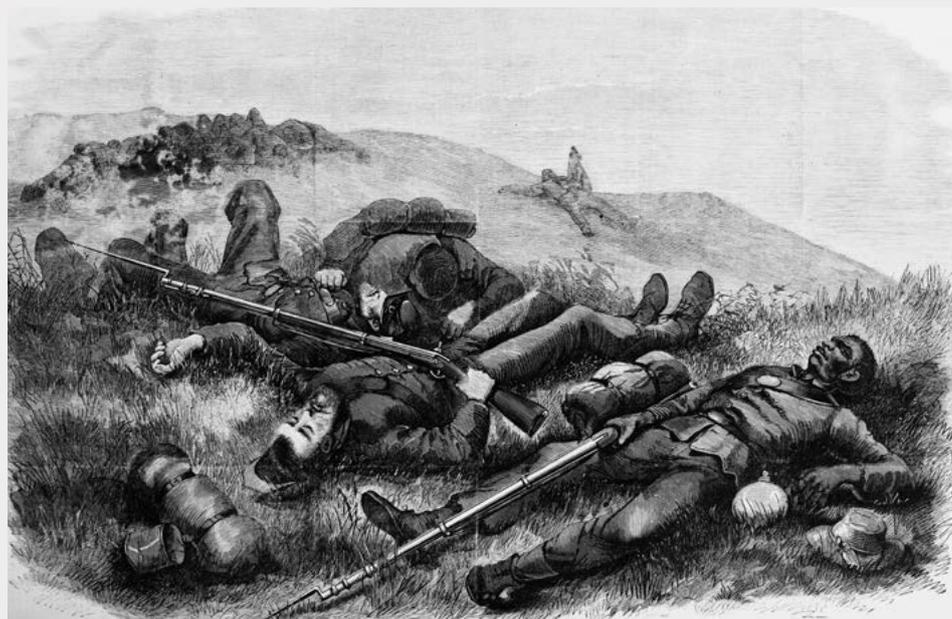
rra Civil parecían estar desesperados por querer creer el relato que narraban y las convicciones religiosas que subyacen tras este. Es posible que sus misivas sirvieran para superar el abismo de experiencia y horror que separaban la batalla del frente interior, como una reafirmación casi ritual de los conceptos domésticos de la muerte que habían sido sometidos a una profunda alteración por las circunstancias bélicas, como una forma simbólica de salir de la masacre sin sentido y regresar a las convicciones confortadoras de mediados del XIX sobre el sentido y propósito de la existencia. Es muy posible, además, que estos relatos de buen morir sirvieran de nexo de unión entre el nuevo mundo de la batalla y el viejo mundo del hogar.⁵⁷

A ojos del lector moderno, parece como si los hombres se esforzaran demasiado por presentar pruebas de que un camarada había tenido un deceso fácil o que estaba predispuesto para la salvación. Pero esta aparente pugna nos proporciona el que quizá sea el testimonio más elocuente de lo muy importante que era para ellos tratar de mantener las ideas tranquilizadoras sobre la muerte y su significado con las que habían marchado al combate. Frente a la profunda perturbación y al caos que la Guerra de Secesión trajo a su sociedad y a sus vidas individuales, los estadounidenses, tanto del Norte como del Sur, se aferraron con tenacidad a unas creencias firmemente arraigadas que les permitirían dar sentido a una masacre casi intolerable. Su cultura cristiana y victoriana les proporcionó recursos con los que restañar estas profundas heridas espirituales. Las ideas y creencias contribuían a aliviar, a superar incluso la devastación física de la batalla.

Con todo, la muerte continuaba siendo, como debía ser, ininteligible, un «enigma», como escribió Herman Melville, «que solo los muertos / han resuelto».⁵⁸

Los relatos del buen morir no podían anular la matanza impuesta por la contienda, ni tampoco podían borrar las cruentas e inolvidables escenas de aniquilación que impulsaban a los soldados a cuestionarse la humanidad de los que eran sacrificados como animales y la de quienes infligían semejante devastación.

«Los verdaderos defensores de la Constitución». Grabado de un dibujo de James Walker, *Harper's Weekly*, 11 de noviembre de 1865.

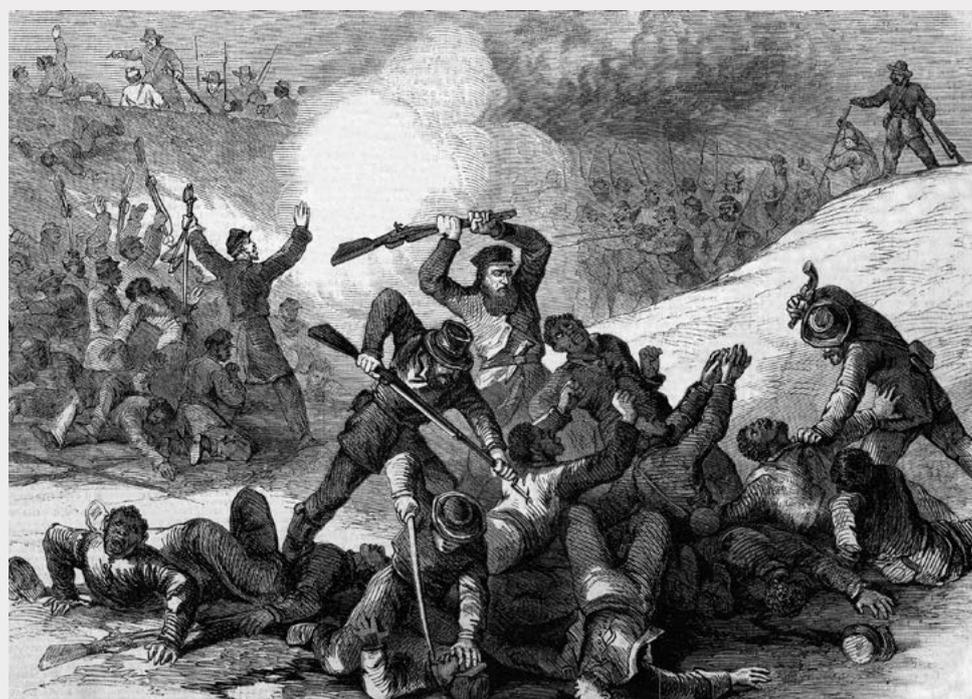


CAPÍTULO 2

MATAR

Para los confederados, la existencia de tropas negras suponía una provocación intolerable. Permitir que los negros sirvieran como soldados, declaró el georgiano Howell Cobb, equivalía a afirmar que «toda nuestra teoría de la esclavitud es errónea». Estos seres inferiores, considera Cobb, no pueden tener el valor requerido para el combate. Mas, para los sudistas blancos, la cuestión principal no era la teoría racial. La realidad aterradora de una fuerza de negros armados equivalía a que el gobierno federal lanzase contra el Sur un

otro propósito, o hacer cualquier cosa que les incite a la insurrección es un crimen peor que el asesinato de un individuo: por tanto, todos los oficiales y soldados [...] culpables de semejantes prácticas [...] deben recibir el castigo que se reserva a los asesinos». Los soldados sudistas se ensañaban con los yanquis negros, con atrocidades que iban desde la matanza de prisioneros a la mutilación de cadáveres. En 1864, el surcarolino W. D. Rutherford manifestó sin tapujos sus intenciones en una carta que escribió a su esposa antes de entablar comba-



«La Guerra en Tennessee: los rebeldes masacran a las tropas de la Unión tras la rendición de Fort Pillow, 12 de abril», *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*, 7 de mayo de 1864.

alzamiento de esclavos. Los blancos del Sur temían y detestaban a las tropas afroamericanas. Mary Lee, que había resistido tres años en la línea del frente en la disputada ciudad de Winchester, en Virginia, se sintió «más inquieta» por la llegada en 1864 de soldados nordistas negros «que por ninguna otra cosa que haya visto desde [el comienzo de] la guerra».²¹

Los soldados confederados consideraban a las tropas negras «demonios» cuya mera presencia en el Sur justificaba matarlos. Como proclamó la *Arkansas Gazette*: «Armar a los negros, como soldados o cualquier

te con un regimiento de tropas de color: «Nuestro ejército está dispuesto a matarlos a todos y no dejar ni uno con vida». La masacre de Fort Pillow en abril de 1864, en la que los hombres de Nathan Bedford Forrest asesinaron a casi dos terceras partes de los cerca de trescientos soldados negros presentes, la mayoría después de haberse rendido, fue solo el más famoso de tales sucesos. Hubo otros aun más truculentos. En la batalla de Poison Spring, Arkansas, librada el mismo mes que la de Fort Pillow, el 1.º Regimiento de Infantería de Voluntarios de Color de Kansas perdió a ciento diecisiete hombres y solo la mitad de heridos. Esta ratio era sospechosa, pues el número de heridos casi siempre superaba

en mucho al número de víctimas mortales. Un oficial confederado describió cuerpos «sin cabellera [...] casi todos desnudos [...] no se hicieron prisioneros negros». Un soldado unionista confirmó que «el enemigo inhumano y sediento de sangre [...] se dedicó a rematar a los heridos allí donde los encontrase». Por su parte, un diario local sostuvo que las acciones de los confederados eran del todo consecuentes con los propósitos finales de la contienda. «No podemos tratar a los negros [...] como prisioneros de guerra, pues ello destruye el sistema social por el que luchamos [...] debemos reclamar el control completo de todo negro que caigan en nuestras manos, para ajusticiarles o imponerles cualquier otro castigo». La esclavitud requería subordinación y control y armar a esos hombres les reforzaba y empoderaba.²²

CAPÍTULO 3

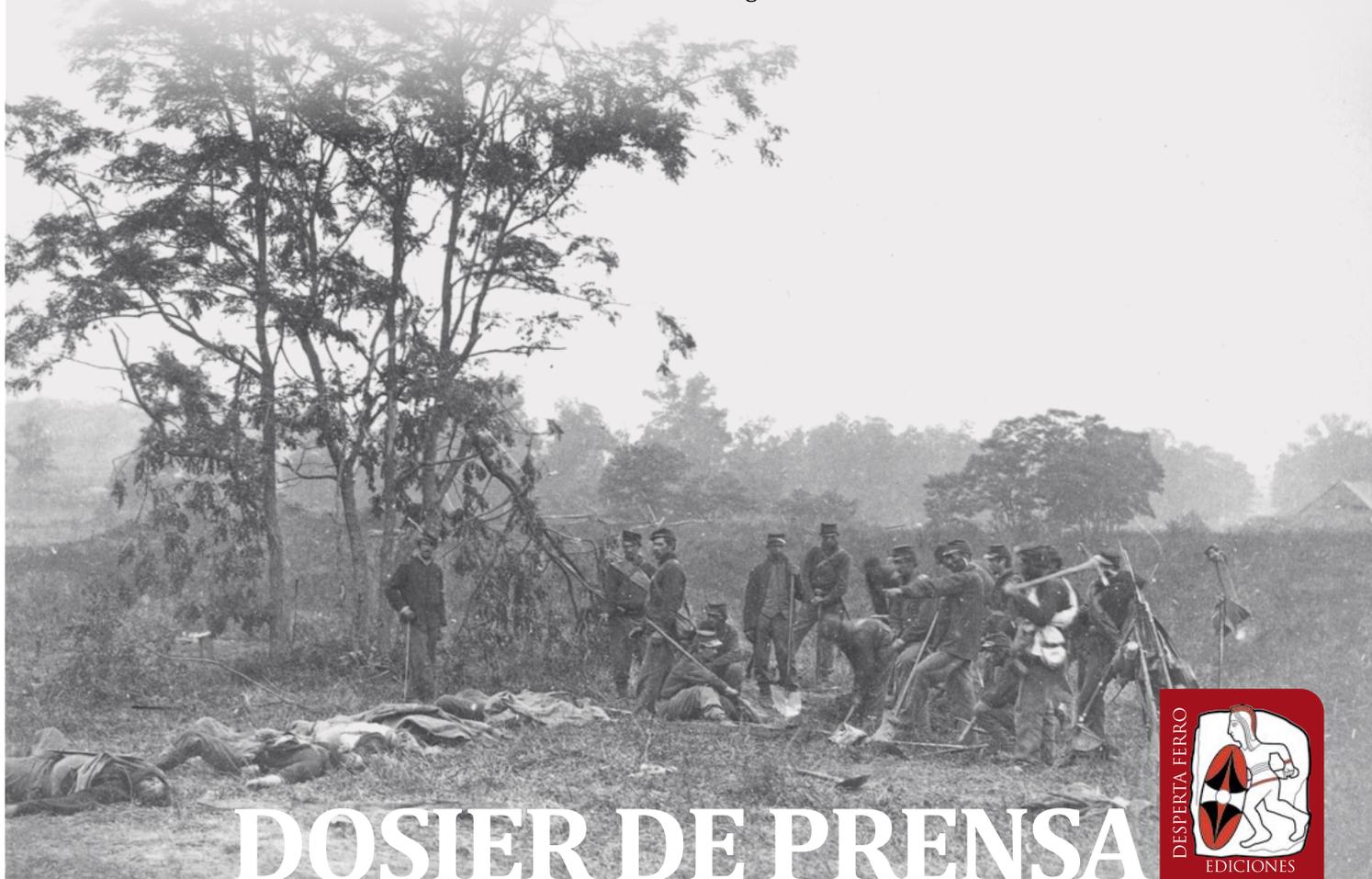
ENTERRAR

Los soldados no eran los únicos que tenían que tratar con los cadáveres durante los días que seguían al cese de los combates. Estos no respetaban límites: invadían granjas, campos y huertos, jardines y calles. Los civiles encontraban cadáveres en la puerta de sus casas, en sus pozos, cubriendo sus maizales o sus algodones. La capacidad de los cementerios existentes en localidades como Richmond y Atlanta fue primero cubierta y más tarde superada, mientras las comunidades trataban como podían de proporcionar tumbas a un número cada vez mayor de caídos.

Tras tres días de batalla, Gettysburg se enfrentó al problema de siete mil hombres y tres mil caballos muertos, demasiados para que las tropas de la Unión –que habían quedado en posesión del campo, pues Lee se retiraba a toda prisa hacia el sur– pudieran darles un entierro adecuado. Los civiles ayudaron a inhumar a los muertos tanto por solidaridad como por necesidad. Cincuenta confederados yacían en los campos de George Rose; setenta y nueve norcarolininos habían caído formando una línea perfecta en la granja de John Forney; la viuda Leister tenía a cincuenta caballos muertos en el patio de su casa; el granero de Joseph Sherfy, que había servido de hospital de campaña, era una ruina calcinada, con «miembros agarrotados y ennegrecidos, cabezas y otras partes del cuerpo» claramente visibles entre los escombros.²⁸

Aunque ninguna de las batallas librada en Virginia igualó el coste de muertos y heridos de Gettysburg, los combates en el corredor de Washington a Richmond se prolongaron por espacio de años, no de días, integrando a los residentes de la zona en una suerte de paisaje bélico permanente. Durante la campaña de la Península de 1862 el cementerio de Hollywood, en Richmond, se vio obligado a adquirir superficie adicional para acoger a los fallecidos en las batallas de las inmediaciones y en los numerosos hospitales militares de la ciudad. En ocasiones, la presión por enterrar los cadáveres era tan grande que a veces se acumulaban no menos de doscientos cuerpos para ser inhumados. El capellán Joseph Walker explicó cómo obraba para ser a un tiempo respetuoso y eficiente en el tratamiento de los finados: «Era nuestra costumbre oficiar un servicio por varios cadáveres en tumbas adyacentes todavía por cubrir, el cual variaba para adaptarnos al número, o tener un servicio general sobre los ataúdes cuando estos todavía seguían sobre el suelo». Los extraños que visitaban el cementerio a menudo se unían a dichas ceremonias y asumían el papel de deudos de aquellos que habían muerto lejos de casa, llorando sus vidas y su sacrificio por la comunidad de Virginia y por todo el Sur.²⁹

«Destacamento de enterradores tras la batalla de Antietam». Fotografía de Alexander Gardner, Biblioteca del Congreso.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 5

TOMAR CONCIENCIA

La mayoría de los no combatientes sintieron el impacto más cruel no en su enfermedad o muerte sino por medio del sufrimiento de los seres queridos que combatieron en la guerra. El golpe mortal que se llevaba un soldado no solo destruía a ese hombre, sino que proyectaba oleadas de pena y desolación a un mundo de familiares y amigos, que pasaban así a ser, ellos también, bajas bélicas. En el poema «Muerto en el vado», Henry Wadsworth Longfellow transmite una visión ampliamente compartida del duelo por la pérdida de un soldado. El poeta borra el límite entre hogar y frente de batalla, entre combatientes y no combatientes, entre las heridas físicas y las lesiones emocionales de la contienda. La bala que abatió en el Sur al soldado yanqui continuó su trayectoria de muerte:

*That fatal bullet went speeding forth
till it reached a town in the distant North
till it reached a house in a sunny street
till it reached a heart that ceased to beat
without a murmur, without a cry. [...]
And the neighbors wondered that she should die.¹¹*

La bala fatal aceleró
hasta alcanzar una villa en el distante norte
hasta alcanzar una casa en una soleada calle

«Mujeres de luto, cementerio de Nueva Orleans». *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*, 25 de abril de 1863.

hasta alcanzar un corazón que cesó de latir
sin un murmullo, sin un llanto. [...]
Y los vecinos se preguntaron si ella iba a morir.

De hecho, hubo familiares que perecieron en el sentido literal de la palabra. Una mujer de Iowa a la que se le había comunicado que su marido había fallecido, declaró que deseaba ir a ver a su madre y después morir, y fue justo eso lo que hizo. En Carolina del Sur, los padres de Oliver Middleton, caído en 1864 a los dieciocho años, experimentaron, a juicio de quienes los conocían, un cambio inalterable. La desconsolada madre de Oliver le acompañó a la tumba poco menos de un año después.¹²

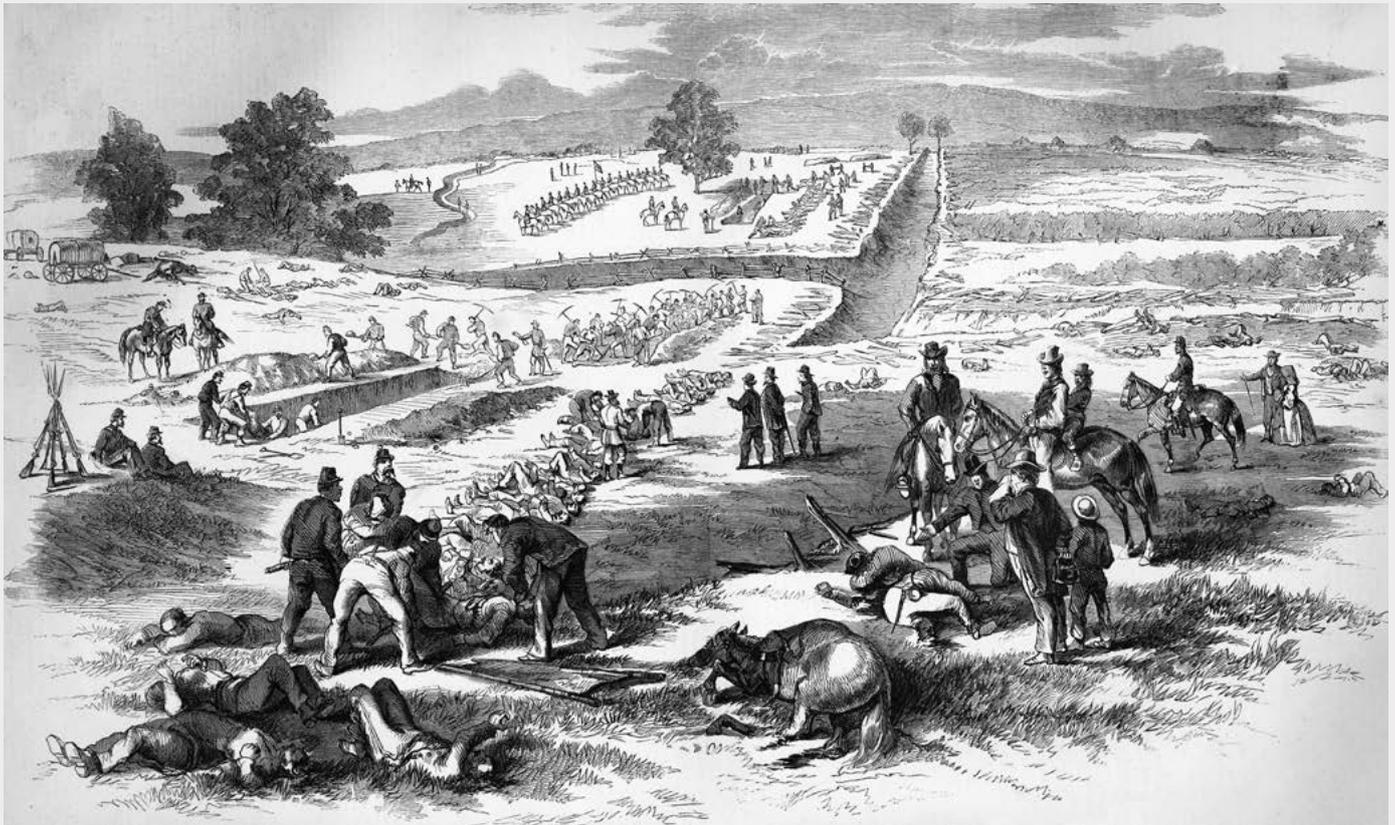
Más el poema de Longfellow, con su retrato anónimo, y por tanto generalizado, de una esposa, madre o hermana sugiere la posibilidad de un deceso metafórico. Aun sin la pérdida del físico, el afligido familiar puede sufrir la muerte en vida de su espíritu, de su corazón y sus esperanzas. Las pérdidas de la Guerra de Secesión pertenecían en última instancia a los supervivientes; eran ellos los que tenían que asumir la tarea no solo de dar sepultura, sino también de consolar y guardar duelo. Como escribió en 1862 el soldado Reuben Allen Pierson, de Luisiana, esto era «más arduo que enfrentarse a la furia de la batalla».¹³



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 6

CREENCIAS Y DUDAS



Entierro de los muertos en el campo de batalla de Antietam, *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*, 18 de octubre de 1862.

La interpretación providencial que Lincoln hizo de la guerra y de sus matanzas reapareció con aún mayor fuerza un año y medio más tarde, cuando tanto el conflicto como su existencia se aproximaban a su conclusión. En su segundo discurso inaugural de marzo de 1865, Lincoln volvió a dar una explicación a la mortandad bélica, pero esta vez era Dios, no el hombre, quien le daba sentido: el Dios justiciero del Antiguo Testamento estaba vengando los pecados del esclavismo. La Guerra de Secesión y sus muertes ya no son un acto de sacrificio, sino de contrición. «Mas, si es voluntad de Dios que esta continúe hasta que cada gota de sangre derramada por el látigo sea retribuida por otra derramada por la espada, entonces, como se decía hace tres mil años, seguiremos afirmando: “Los juicios de Jehová son verdad, todos justos”».⁴⁰

Esta interpretación presidencial de la contienda se remontaba a sus primeros momentos, cuando tanto el Norte como el Sur sostenían que Dios estaba de su lado. Como aseveró un sacerdote sureño, la Confederación sería la nación «que haría Su obra sobre la tierra». *Deo Vindice*, Dios es nuestro valedor, proclamaba el sello oficial confederado. Pero no fue hasta que fue evidente el enorme precio en vidas humanas cuando se hizo imperativo vincular de forma explícita las bajas bélicas y no-

ciones providencialistas, a fin de dar a tales muertes trascendencia y sentido. Como explicó el obispo de Georgia Stephen Elliott en un sermón de 1864: «Derramar tanta sangre como la que hemos vertido en esta contienda en nombre de la mera independencia, por la vanidad o el orgullo de tener una existencia nacional separada, sería injustificable ante Dios y los hombres. Debemos tener propósitos más elevados que esos». Los difuntos y los costes de la guerra estaban cambiando y amplificando la interpretación de su finalidad.⁴¹

Mas, como remarcó el segundo discurso inaugural de Lincoln, pronunciado en vísperas de la victoria, Dios «tiene sus propósitos» y hace sus propios juicios. Sería Él, no los yanquis o los confederados, quien definiera los límites de su providencia. Los dos bandos de este terrible conflicto «leen la misma Biblia y rezan al mismo Dios, y cada uno invoca su ayuda contra el otro [...] las preces de ambos no podían obtener respuesta». Los éxitos nordistas y la derrota sudista, como no podía ser de otro modo, alteraron las explicaciones de la guerra y su mortandad. Los nordistas vieron reforzada su convicción de que tantas vidas perdidas no habían sido en vano, así como su idea de una misión nacional; los confederados se enfrentaron a lo que, para muchos, fue una profunda prueba de fe.⁴²

CAPÍTULO 8

EL RECUENTO

Ante la insuficiencia del lenguaje, el recuento parecía un modo de captar la magnitud del dolor, de trascender la aflicción individual para afrontar el significado de estas pérdidas para la sociedad y la nación. Contar los difuntos permitió trasladar el foco del individuo al total, de la muerte a los muertos. «Cuántos hogares han quedado desolados», se preguntó en 1863 una joven surcarolina, que no solo pedía un recuento de los caídos, sino también que se rindieran cuentas del impacto de esos óbitos. «¿Cuántas madres y hermanas y esposas han quedado sumidas en el luto desde que nos impusieron esta guerra? Una cifra interminable, y todavía no ha finalizado». Cuando por fin terminó la contienda, la nación exigió respuesta a sus demandas.¹

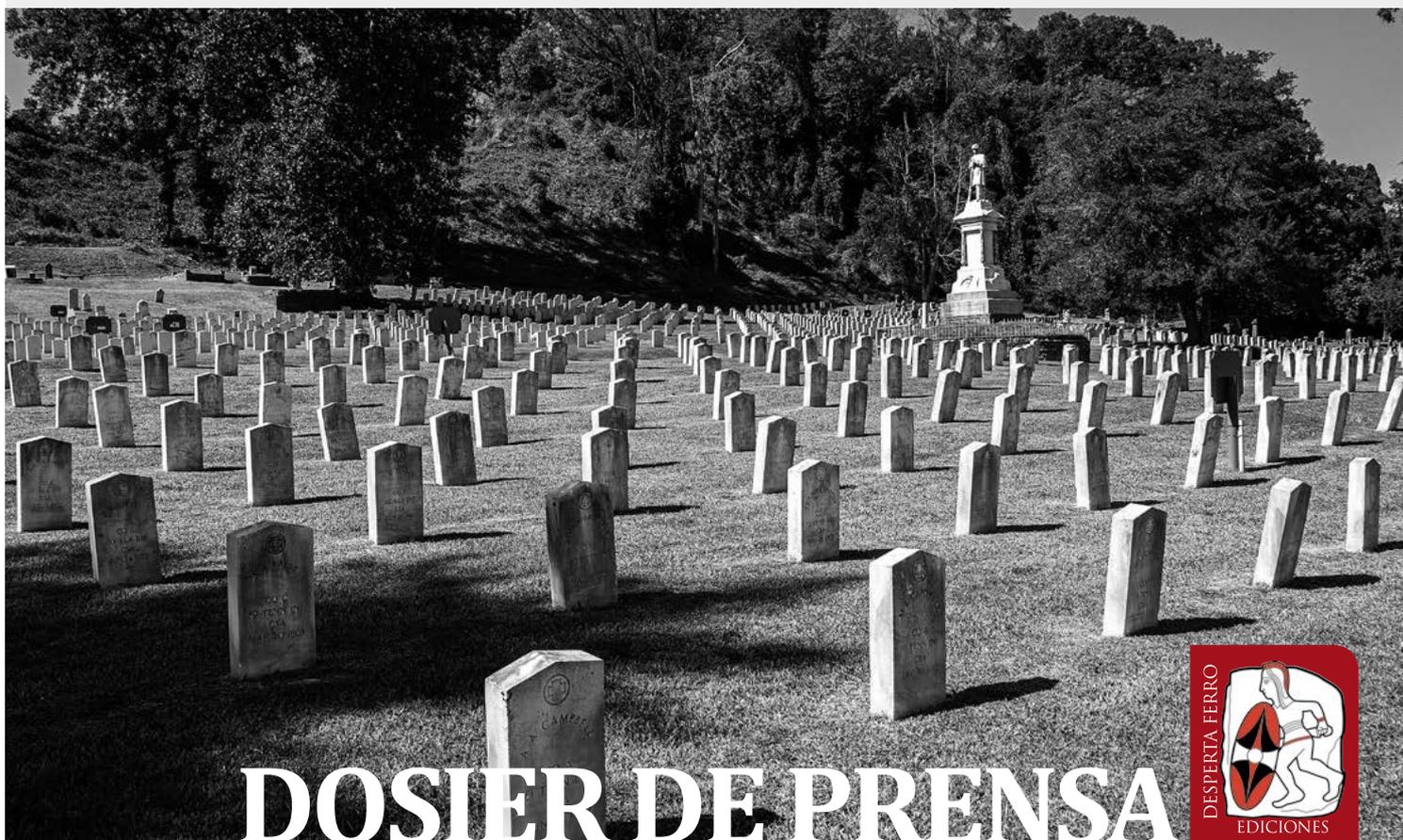
En las décadas que precedieron a la guerra, el cálculo matemático había ganado importancia. Fue en esa época cuando una población sin la menor formación en matemáticas –hasta 1803 no se exigieron conocimientos básicos de aritmética para ingresar en Harvard– comenzó a contar y a calcular, a enseñar matemáticas en las escuelas y a considerar que los números son herramientas para el dominio de la naturaleza y la sociedad. La Asociación Estadística Estadounidense, fundada por cinco bostonianos en 1839, creció en cuestión de meses hasta convertirse en una organización de ámbito nacional con estatutos, reglamentos y publicaciones periódicas. Hacia mediados

del siglo XIX, los estadounidenses entraron en lo que la historiadora Patricia Cline Cohen definió como «fascinación por los números».²

Como puede colegirse del mismo término, la estadística surgió en estrecha alianza con los ideales expansionistas del estado, con la evaluación de sus recursos, fuerza y responsabilidades. Esta cuantificación se basaba muchas veces en censos, en demografía, o en registros de mortalidad, las mismas cuestiones de vida y muerte que asumieron nuevo protagonismo con el estallido de la guerra. Los estadounidenses afrontaron el conflicto y su mortandad con una predisposición a comprenderlo en términos cuantitativos. Esta fuente de conocimiento en apariencia objetivo prometía una base para controlar una realidad que escapaba los límites de lo imaginable. Los números eran un medio para poner sentido y orden a las «incontables tumbas» y los «infinitos muertos» glosados por la poesía de Walt Whitman.³

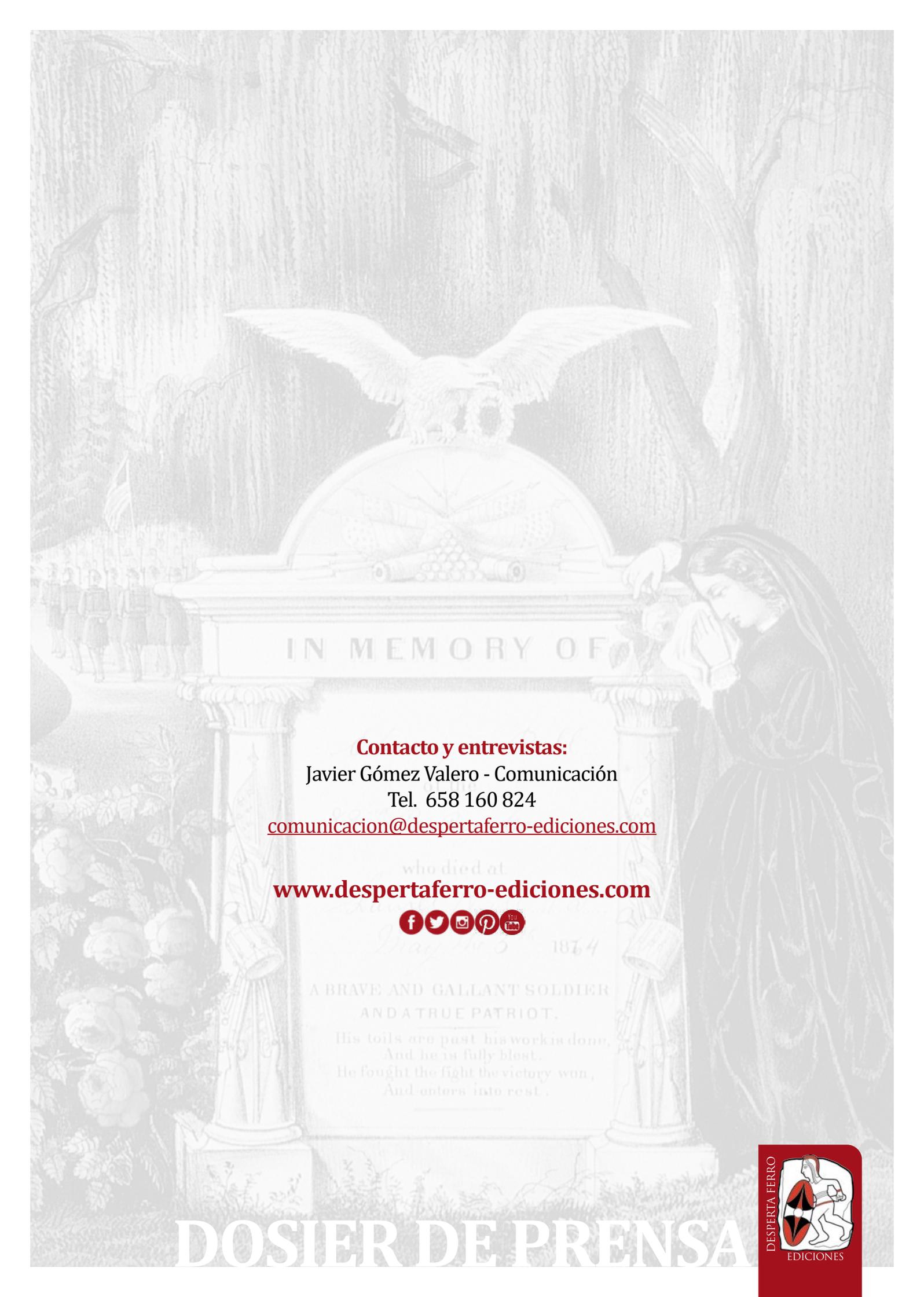
Sin embargo, contar caídos era tan difícil como darles nombre, y por los mismos motivos. Cuando Whitman les llamó «incontables» hablaba tanto de forma literal como figurativa. Del mismo modo que los ejércitos de la Guerra de Secesión carecían de procedimientos para la adecuada identificación de muertos y heridos, tampoco existían estructuras para proporcionar cifras precisas de las bajas.

Filas de soldados muertos. «Cementerio confederado de Vicksburg». Foto de Kenneth C. Zirkel, 2022.



DOSIER DE PRENSA





IN MEMORY OF

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

who died at

www.despertaferro-ediciones.com



May 3 1864

A BRAVE AND GALLANT SOLDIER
AND A TRUE PATRIOT.

His toils are past his work is done,
And he is fully blest.
He fought the fight the victory won,
And enters into rest.

DOSIER DE PRENSA